

que trata de encaminar a su familia por el recto camino; la rutina y las convenciones sociales tratan de destruir al hombre original, los zánganos sociales y los parientes parásitos tienen un papel preponderante en los dos libros. Ahora la manera de desarrollar esta lucha entre la maldad y la bondad, en todas sus mínimas graduaciones, en toda

su terrible crudeza, es la misma en los dos autores. Un estudio comparado de la influencia sociológica de estos escritores sería de gran utilidad.

Acaso sea también útil comparar los dramas de Sánchez con los de Echegaray, especialmente con los últimos, pero como el dramático español está también bajo la in-

fluencia de Ibsen, este estudio tendría importancia secundaria.

ARTURO TORRES RIOSECO

University of Texas,
Austin, Texas. U. S. A.

Del libro de próxima publicación: *Intenciones*.

LA cordicocolia es un rito de los más primitivos en las sociedades humanas. Pertenece a esa clase de ellos que los etnólogos han agrupado bajo el título de «Magia homeopática del régimen carnívoro».

En el sudeste africano, los Bassoutas se comían el corazón de sus hombres más valientes. Asimismo, en el Ibadun, gran ciudad del Lagos, el soberano que ascendía al trono lo hacía por haberse engullido religiosamente la víscera cordial de su antecesor, siendo sinónimo, en ese lugar, de «El soberano reina—Ha comido al rey».

En Grecia también hubo el culto al corazón de Dionisos, en vista del sacrificio hecho por Júpiter de su hijo.

Otros pueblos de tejido cultural rudimentario comían el corazón no ya de hombres sino de animales. Del león, del oso, del lobo. Una eucaristía así poseyeron los Aztecas en su ceremonia llamada Teocualo, denominando el manjar con el nombre de Huitzicopochtli.

Es, por consiguiente, la cordicocolia un rito de ascendencia viejísima. Un rito fundado en la magia, homeopática, de creer que ciertas virtudes envidiables en un ser podían ser transmitidas a otro simplemente por vía digestiva.

En las sociedades modernas ha previvido esta magia más de lo que se cree. En muchos mataderos españoles se da todavía a beber la sangre borbollante del toro recién apuntillado a pobres anémicos que la sorben con una unción fanática. La medicina popular está llena de esta magia homeopática, no sólo en España sino en todos los pueblos del mundo. Y aun la medicina científica en sus aplicaciones farmacopeicas se resiente muchísimo de esa creencia fundamental. Que consiste en suponer una pluralidad de simpatías radioactivas repartidas por la naturaleza como un puzzle y a las que el hombre debe descubrir y organizar, casándolas entre sí. Por eso en la Edad Media—y no hay que decir en la antigua—el herbolario estaba ungido de taumaturgia, era un sacerdote, en manejos habituales y secretos con un mundo invisible de fuerzas y de virtualidades divinas. Por eso, la aplicación de ciertas yerbas a una herida, la piel

de un animal a un tumor, el diente de un niño a una preñada, se acompañaba de emoción solemne, de catarsis religiosa, de fervor atónito.

La base del catolicismo reposa en este concepto mágico del régimen carnívoro.

La eucaristía católica no se diferencia de la de los Aztecas más que en un progreso no muy excesivo de simbolismo. En vez de masticar el trémulo corazón sanguinolento del Señor deja el católico diluirse en su boca una redonda pasta que supone contenerlo, como una tableta de aspirina Bayer contiene un comprimido de paz para las venas alborotadas de fiebre. Los protestantes rechazaron la eucaristía con toda su repugnancia. Gente rubia, braquicéfala, con gran capacidad de abstracción, eliminaron todo lo que de rito primitivo y melanoide yacía en la comunión católica. Además, ese simbolismo, quitada la parte material, no les podía convencer tampoco mucho a sus instintos, de razas nietzscheanas, poco aptas para ansiar la transustanciación de dulzura, mansedumbre y renuncia de la vida, que prometía el cuerpo de Jesús.

El rito de la eucaristía en España se adoptó desde el primer momento con una fuerza asombrosa. Fué el único país que creó todo un arte dramático sobre él, revelando con ello un apetito de divinidad excepcional. Pero no el apetito del panteísta, ni del franciscano, ni el de los místicos e iluminados del seiscientos, sino el apetito inmediato del jesuita que exigía satisfacción tangible, saboreo y fruición palpable.

El auge de este rito en España coincidió con el principio de la decadencia política del país. Los grandes autos eucarísticos de Calderón son del xvii. Y del xvii, la mejor organización de la fiesta del Corpus Christi, cuya solemnidad se perpetúa aún misteriosa, tenazmente.

Sin embargo, los atributos del Dios eucarístico del xvii, eran todavía energéticos y encendidos. Desde luego no los que más tarde habían de constituir el otro mito de régimen carnívoro fundado por el padre La Colombière en Francia y acogido con

tan asombrosa voracidad por nuestro país. Me refiero al que con el nombre de Culto al Sagrado Corazón de Jesús viene España ejercitando desde unos lustros acá, fervidamente.

Esta última e inusitada fiesta que bajo el patronato del Cerro de los Angeles ha celebrado este Año Santo la nación, marca una época cultural, que no debemos dejar pasar inadvertida. El monumento del Cerro de los Angeles se elevó hace seis años, esto es, a los pocos de terminar la gran guerra y en el momento en que Rusia chisporroteaba por Europa sus teas rojas y en que nuestros capitalistas se disponían a trasegar tranquilamente el botín recogido en la contienda de los demás.

Ya tienes el trono que a España pedías.
Desciende a tu solio y empieza a reinar,

dijo el Padre Risco aquella memorable mañana del 30 de Mayo en nombre del espíritu oficial del país.

«Gloria, Amor, Reparación», ponía en todas las estampas prendidas en las colgaduras nacionales de Madrid, hace poco. Esas estampas que daban al pronto la impresión de una bien lograda radiografía en cromo, repartida como anuncio. Pero que luego, pasado el pronto, si uno se sentía etnógrafo, impresionaba como un ídolo churinga.

Aquel corazón flamante, vesubiano, rodeado de aligeros y de sustantivos autoritarios. «Gloria, Amor, Reparación». De los cuales era el de *Reparación* el que más empinaba la orden de sus letras.

¿Reparación, de qué?

En un libro de un padre cuyo nombre no recuerdo, publicado hace dos o tres años, sobre el esoterismo del Corazón de Jesús, se le proponía a este Sagrado Corazón como la mayor víctima del dislocamiento social originado por la codicia y la frivolidad de las clases intelectual y proletaria, sobre todas las otras clases españolas. «Que Jesús reine en el taller, en el laboratorio, en la fábrica y en la biblioteca». «Que todo sea mansedumbre, paz y concordia».—recuerdo que decía el librito aludido, como resumiendo su tesis esotérica.

De modo que la «Gloria, el Amor y la Reparación» de las estampas cordicocólicas, no podían ir endere-